

TRADITIO SCALABRINIANA

Collana *Traditio* Scalabriniana n. 8 - Approfondimenti, Testimonianze, Meditazioni

Comitato di redazione Anna Fumagalli, *mss*, Analita Candaten, *mscs*, Giovanni Graziano Tassello, *cs*

Segreteria tecnica **CSERPE : Studien- und Bildungszentrum für Migrationsfragen**
Centro Studi e Ricerche per l'Emigrazione
Rheinfelderstrasse 26 - 4058 Basel
Tel 0041.61.226.91.00 - Fax 0041.61.226.91.09
cserpe@cserpe.org

PRESENTAZIONE



Nella lotta contro i nuovi idoli, specialmente contro lo strapotere economico, politico e legislativo, la presenza dei migranti si rivela una vera e propria chance.

A partire da questa considerazione Sr. Rosita Milesi ci invita a riflettere sull'importanza di accompagnare il migrante in una rilettura profonda della sua vicenda migratoria perché possa scoprire le potenzialità insite in questa sua situazione di vita. Anche perché il vivere da stranieri è in qualche modo parte essenziale della vita cristiana.

P. Alfredo Gonçalves si sofferma sul significato del «confine», un luogo dove l'identità personale e la sicurezza del migrante sono messe a dura prova e possono portare alla disperazione. Un luogo di morte, ma anche di risurrezione verso una vita nuova a livello personale, familiare e sociale, un possibile inizio di cambiamenti epocali. Per questo il migrante che attraversa la frontiera è un profeta del Regno, l'artefice di una cittadinanza universale. È dunque estremamente attuale il pensiero del beato Scalabrini, il quale aveva intuito che con le migrazioni si allargava il concetto di patria oltre i confini materiali, facendo patria dell'uomo il mondo.

La riflessione di Christiane Lubos prende avvio da una frase della *Traditio* che invita ognuno di noi «ad intraprendere sempre nuovi pellegrinaggi verso l'altro» (n. 4) e si sofferma sul «pellegrinaggio» esemplare di Maria. In un tempo in cui la storia sembra parlarci soprattutto di morte, Maria è madre della speranza e madre del cammino, colei da cui possiamo imparare a camminare come figli e fratelli «in una continua relazione di fiducia con colui da cui abbiamo ricevuto la vita».

Approfondimenti

-  [Ir. Rosita Milesi, mscs, Migrações hoje: do senhorio dos idolos à primazia do Reino](#)
-  [Pe. Alfredo J. Gonçalves, cs, Observaciones sobre el concepto de frontera](#)

Meditazioni

-  [Christiane Lubos, mss, Maria, Madre del cammino e della speranza](#)
-

APPROFONDIMENTI

Observaciones sobre el concepto de frontera

Pe. Alfredo J. Gonçalves, cs

Mi tarea en esta *X Jornada Nacional de Migraciones*, con el tema *Migración y Frontera*, es aportar algunas observaciones sobre el concepto de frontera. Sabemos que palabras expresan conceptos y los conceptos, a su vez, son como semillas. Igual que la semilla en la tierra genera una planta o un árbol, el concepto, en el lenguaje humano, expresa y genera, a la vez, una visión de mundo, una mentalidad, toda una cultura. Voy a subdividir el tema en tres partes distintas y complementares: frontera como un espacio ambiguo, frontera y sus distintas dimensiones y frontera como nuevo lugar teológico.

Frontera como espacio ambiguo

Los llamados «complejos fronterizos» se caracterizan, ante todo, como un terreno impreciso, ambiguo, movedizo, donde los límites se vuelven flexibles. Allí se mezclan lenguas, monedas y banderas; se mezclan los rostros, las costumbres y los valores más distintos. Igual que las personas, las identidades también se mezclan y se confunden, se entrelazan y se reconstruyen. Fronteras son, a la vez, espacios libres, confusos, plurales y abiertos, donde se multiplican tanto los encuentros y reencuentros cuanto los desencuentros. Espacios que sirven para el intercambio comercial, el tráfico de drogas, de armas y de seres humanos; el tránsito diario de mercaderías y personas; la disputa de intereses económicos, pero, al mismo tiempo, sirven igualmente para el desarrollo de nuevas relaciones humanas, aunque rápidas, momentáneas y fugaces.

Se, por una parte la frontera permanece abierta a las novedades más imprevistas, a las supresas de cada hora, a la irrupción de hechos desconocidos; por otra parte en ella se pueden entrelazar nuevos lazos de amistad y de conocimiento, como también abrirse nuevos senderos en el horizonte. En su territorio, por ser espacio diario de sobre vivencia, los conflictos se vuelven más graves y emergentes, pero también se desarrollan nuevos lazos de solidaridad. Así que, en las zonas fronterizas, el conflicto y la solidaridad caminan mano a mano. Frontera es, en general, tierra sin leyes, pero abierta a todos tipos de pactos informales y provisorios; tierra de nadie, pero también tierra abierta a todos.

De acuerdo con Tomás Palau, sociólogo paraguayo, estos «complejos fronterizos» reflejan en Latinoamérica el nuevo dinamismo de las migraciones en el contexto de la economía globalizada. Las migraciones trans-fronterizas constituyen, según él, uno de los rostros más expresivos de un orden mundial crecientemente asimétrico y excluyente. Los desplazamientos humanos de masa, particularmente vivos en las regiones de frontera, son como un termómetro de las relaciones internacionales marcadas por la injusticia y la desigualdad.

Por otro lado, en estas zonas de frontera se crean y se desarrollan nuevas prácticas sociales y nuevas relaciones humanas que, a la larga, engendran la idea de un mundo sin frontera. Es el sueño mudo y oculto en el mismo hecho de migrar. Al cruzar y recuzar las fronteras, el migrante abre el horizonte de una utopía en la cual las mismas fronteras se quedan progresivamente borradas. En este sentido, no es exagero hablar de una cultura de la frontera, donde, a la vez, todo es prohibido y todo es posible, donde, simultáneamente, las identidades se abren una al otra, pero también se cierran aún más una contra el otra.

El tema de esta X Jornada Nacional de Migraciones habla de la frontera como un espacio de vida y integración solidaria. Pero no hay que olvidar que la frontera es también espacio de violencia y muerte. Diariamente la vida y la muerte disputan el espacio de la frontera. Tampoco hay que olvidar, por otra parte, que la frontera entre el bien e el mal, entre violencia e paz, entre la vida y la muerte, pasa necesariamente por el interior de nuestros corazones.

Por fin, frontera es espacio de crisis. Crisis, como sabemos, no es solamente terreno fértil en peligros y riesgos, sino también en nuevas potencialidades. Suelo fecundo para la reflexión, permeable a expresiones culturales nuevas y extrañas, igual que a valores siempre recreados. La crisis, sea de orden personal y familiar, sea de carácter institucional o histórico, es tiempo de aprendizaje y de de redefinición. Por una parte, tiempo de dolor y sufrimiento, por otra, tiempo de parto, de reconstrucción de la fe y de la esperanza. En una palabra, tiempo y terreno propicios a la evangelización.

Dimensiones de la frontera

Hay que distinguir las diferentes dimensiones de la frontera. Tenemos en primer lugar la *frontera geográfica o territorial*, donde dos o más países tienen sus límites. Es la región donde termina el territorio de una nación y empieza el de la otra. Esta dimensión de la frontera puede ser un río, un puente, un marco o el mar. Hoy, en el contexto del combate al terrorismo e al narcotráfico, nuevos muros, visibles o invisibles, se irguen entre países vecinos, como por ejemplo México y Estados Unidos, Israel y Palestina, etc. Allí, en la frontera territorial, es donde se localizan los servicios de la inmigración y de la aduana. También los puertos y aeropuertos internacionales pueden considerarse fronteras territoriales. Constituyen los espacios por donde circulan las mercaderías y las personas, generalmente en flujos e reflujos diarios. En Latinoamérica hay numerosas de estas zonas fronterizas, ya sea entre dos países, ya sean fronteras triples. Los ejemplos son bien conocidos.

En segundo lugar, podemos hablar de la *frontera política*. Esta no tiene que ver tanto con el territorio o la geografía, sino con la legislación migratoria de los distintos países. Esta dimensión de la frontera está localizada en el Congreso Nacional, en la Cámara de los Diputados, el Senado, en fin, en la capital de cada país. Aquí los inmigrantes están bajo las leyes, la constitución del país donde llegan. El cambio o la manutención de las leyes de migración constituyen, en este caso, la verdadera frontera. Ser o no ser ciudadano, esa es la frontera.

Por fin, la *frontera étnico-cultural*. Las diferencias entre pueblos y naciones son, no raro, las fronteras más complejas y impermeables. La lengua, la historia, las costumbres, los valores, las identidades generan límites muchas veces intransponibles. En este caso, la frontera está por toda parte donde el inmigrante se encuentra. Las relaciones entre los inmigrantes y la población local puede volverse más o menos fáciles o difíciles de acuerdo con el grado de permeabilidad de las culturas. Los límites se encuentran en el corazón y en el alma del pueblo. Las expresiones culturales de unos confinan con las expresiones culturales de otro.

Muchos migrantes logran cruzar la frontera territorial, pero no la frontera política, quedándose en el país de destino en situación irregular. Hay millones de inmigrantes clandestinos por todo el mundo, en especial en los países ricos, pero también en nuestros países de Latinoamérica. Viven en condiciones extremadamente vulnerables a tantas formas de explotación. Desempeñan casi siempre los servicios más sucios y pesados, más peligrosos y baratos. Otros logran cruzar las fronteras territorial y política a la vez, pero no la frontera étnico-cultural. Acaban por formar «guetos» cerrados en medio a la población local, provocando así todo tipo de prejuicios, discriminación y hostilidades de ambas partes. Por desgracia hoy crecen por todas partes los movimientos xenófobos o raciales.

La distinción entre las tres dimensiones de la frontera – territorial, política y étnico-cultural – permite, por una parte, un mejor conocimiento de las distintas tareas y actividades que se pueden desarrollarse en cada una, y, por otra parte, la coordinación, integración y articulación entre ellas. De hecho, los desafíos de uno que trabaja con los inmigrantes en la frontera geográfica y otro que procura incidir sobre la frontera política son muy diferentes. Ambos, por su parte, son diferentes de los desafíos de quienes intentan superar los obstáculos culturales entre los pueblos. Los tres ámbitos de la frontera tienen, pues, retos y compromisos muy distintos entre ellos, pero siempre correspondientes.

Uno que trabaja en la frontera geográfica tiene que ver con la documentación, el alojamiento, la alimentación, la asistencia personal, laboral y psicológica, la orientación, y tantas otras cosas de naturaleza práctica y concreta. Prevalece allí la asistencia y la acogida inmediata. El migrante hambriento y con frío no puede quedarse en la calle, hay que providenciarle una «patria provisoria». Otro que trabaja con la frontera política, normalmente en la capital, tiene que buscar asistencia jurídica, colaboración con las autoridades, con los consulados y las embajadas, incidencia en la elaboración y aprobación de las leyes migratorias, y todo eso. El conocimiento de la legislación le es de grande relevancia. El tercero, que trabaja con la frontera étnico-cultural, tiene que abrir espacios para la promoción de las expresiones culturales y religiosas de los distintos pueblos, buscar el intercambio recíproco entre ellos. No se trata tanto del desafío multicultural, sino más bien del desafío intercultural. De hecho, no basta la tolerancia y la convivencia pacífica entre los diferentes, es necesario el confronto y el enriquecimiento mutuo de sus distintos valores.

Lo más importante es darse cuenta que, si bien los desafíos y actividades son distintos entre las diferentes dimensiones de la frontera, las motivaciones y los objetivos son los mismos, es decir, la acogida y la integración de los inmigrantes en su nuevo lugar de destino. Distinguir es una forma de mejor articular las tareas. Conocer las diferentes atribuciones de cada instancia para mejor coordinarlas y integrarlas. Aquél

que se encuentra en la frontera geográfica tiene conciencia que puede contar con el respaldo del otro que está en la capital. Los dos, por su parte, pueden contar con aquellos que, actuando en el campo de la cultura, procuran promover encuentros y realizar intercambios entre personas, grupos y pueblos distintos. Una vez más, las tareas son distintas, pero complementarias.

Esta reflexión sobre el concepto de frontera nos puede ayudar también a repensar el concepto de democracia. Históricamente la democracia nace y se consolida sobre una base predominantemente étnico-cultural. Es la democracia de un determinado pueblo que tiene su trayectoria histórica, es decir, la democracia entre iguales. Actualmente, en el contexto de las migraciones y del creciente pluralismo cultural y religioso, la democracia se plantea sobre nuevas bases. No tanto sobre la igualdad étnico-cultural y histórica, sino sobre la igualdad de derechos. Es el desafío de plantear la democracia entre desiguales. El fundamento de esta nueva forma de democracia no nace de la homogeneidad de origen histórica o cultural, pero se construye sobre la heterogeneidad de pueblos y culturas distintas. Este tema fue ampliamente y profundamente debatido por estudiosos como A. Touraine (In *Podremos vivir juntos?*), J. Habermas (In *L'Inclusione dell'altro*) y G. Gadamer (In *Verdad y Metodo*).

La democracia entre los diferentes es un desafío bien más difícil. La base ahora no es ni la sangre, ni la cuna, y tampoco la historia, pero el derecho de cada ciudadano. El documento principal nos es el pasaporte o la cartera de identificación, pero el registro de nacimiento. El hecho de haber nacido corresponde al derecho de vivir con dignidad, donde quiere que se encuentre la persona.

Frontera como nuevo lugar teológico

Ese fue el tema de mi aporte en el *Seminario sobre Teología de las Migraciones*, realizado en el ITESP (Instituto Teológico de San Pablo), en el mes de abril de 2006, en la ciudad de San Pablo, Brasil. Allí yo insistía que el espacio de la frontera es un lugar privilegiado para el reflexionar teológico. Frontera es un espacio de no lugar, donde circula mucha gente, a veces sin documentos, sin raíces, sin rumbo, sin familia, sin patria. Lugar donde la identidad y la seguridad se quedan profundamente cuestionadas; donde la soledad, la anomia y el abandono pueden volverse desesperación. Lugar de personas lesionadas y desfiguradas por los golpes de la migración y del desplazamiento, gente marcada en el cuerpo y en el alma por las heridas y las cicatrices de numerosos y repetidos caminos.

Pero, en términos simbólicos, esta frontera, este *no lugar* puede volverse el *mejor lugar* para lanzar las raíces de un *nuevo lugar*. Uno que pasa por la experiencia dolorosa de la frontera, se vuelve más abierto a los cambios, ya sean de carácter personal y familiar, ya sean de carácter económico, político, social y cultural. Mientras uno que nace en cuna de oro no quiere saber de cambios profundos, los migrantes, al pasar por la crisis de frontera, se vuelven históricamente más receptivos a las novedades. Podemos afirmar que los migrantes, al ponerse en marcha, ponen en marcha la historia. Ponen en marcha la misma Iglesia, como diría Scalabrini: «El mundo camina deprisa y nosotros no podemos quedarnos parados». Moverse en masa es mover el mundo, las cosas, la misma vida. Migraciones y transformaciones históricas son dos caras de una misma moneda. Las migraciones, en general, preceden o siguen los grandes cambios sociales, son a la vez causa y efecto de esos mismos cambios.

Es en este sentido que el Papa Benedicto XVI, en su mensaje para el *Día Mundial del Migrante* de 2006, habla de las migraciones como «signo de los tiempos». El migrante, en el mismo hecho de moverse, constituye una frontera entre, de una parte, un orden mundial marcado por profundas desigualdades sociales y, de otra parte, la necesidad de radicales cambios de naturaleza socio-económica. Migrante es signo de contradicción: se de un lado denuncia las relaciones internacionales excluyentes para millones de personas, de otro lado anuncia la urgencia de establecerse nuevas relaciones entre personas, grupos o países.

No hay que olvidarse, además, que el mismo Jesucristo nació y murió fuera de los muros de la ciudad. «No había lugar para ellos», dijo Lucas, el evangelista de la niñez de Jesús (Lc 2,7). Vino al mundo a partir de la frontera, de un no lugar, lejos de su casa. Allí, entre los pobres y marginados, entre los mismos animales, empezó por levantar su carpita. Tal vez para nos decir que el Reino de Dios tiene sus raíces más profundas en el terreno ambiguo y marginado de la frontera, como también para nos recordar que los pobres son aquellos que primero entraron en él.

Así que, frontera se vuelve lugar de la revelación de Dios, consecuentemente, lugar privilegiado para la reflexión teológica. Por eso que, desde el punto de vista teológico, para hablar de frontera hay que empezar

por borrarlas. La Buena Nueva del Reino de Dios no tiene fronteras. «Era migrante y me acogiste» dijo el Evangelio (Mt 25,35). En el mismo Evangelio de Mateo se constata que «Jesús recorría todas las ciudades y pueblos. Al contemplar aquel gran gentío, Jesús sintió compasión, porque estaban decaídos e desanimados, como ovejas sin pastor» (Mt 9,35-38). Lo mismo se puede decir del episodio de los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35) o del Buen Samaritano (Lc 10,25-35). En todos estos textos evangélicos, Jesús se encuentra en el camino. Se hace peregrino con los peregrinos, sigue sus pasos, escucha su voz, mira sus rostros, fortalece su fe y esperanza.

El saudoso Juan Pablo II, por su vez, nos recuerda que «para la Iglesia no hay extranjero, somos todos hermanos». En esta perspectiva, el migrante, por el hecho de moverse, es un profeta del Reino, de un mundo sin fronteras. Verdadero protagonista de nuevos tiempos, artífice de la ciudadanía universal. Podemos invocar las palabras de Scalabrini para poner el punto final de nuestra reflexión: «La migración da al hombre el mundo como patria».

APPROFONDIMENTI

Migrações hoje: do senhorio dos ídolos à primazia do Reino

Ir. Rosita Milesi, mscs

Nos últimos anos, o tema das migrações numa perspectiva bíblico-teológica foi abordado em diferentes enfoques. Recorreu-se com frequência a várias categorias extraídas da Sagrada Escritura, como a promessa, a acolhida, o êxodo, o exílio, o caminho, a partilha, a proximidade, a alteridade, a opção pelos pobres, entre outras. No entanto, raramente a reflexão teológica se ocupou da categoria «idolatria», que afeta também o fenómeno migratório, com vistas a propor respostas eclesiais diante de seus desafios.

Bíblicamente falando, a idolatria tem um papel central na tradição teológica judaico-cristã. No Antigo Testamento, Javé é apresentado como um Deus ciumento, que exige fidelidade (cfr. Ex 34,14). É uma divindade que rejeita categoricamente tanto as falsas imagens que o povo eleito cria da própria divindade (cfr. Ex 34), quanto a atração exercida por outros deuses, ou melhor, por ídolos, que, mesmo sendo produto de mãos humanas (cfr. Jr 25,6), adquirem prerrogativas divinas e, desta forma, acabam substituindo o único e verdadeiro Deus.

Cair na idolatria é a maior tentação do fiel judeu e cristão, pois os ídolos prometem uma salvação ilusória e por caminhos mais curtos e, aparentemente, mais fáceis. Os ídolos, antes que divindades de outras religiões, são realidades históricas e contingentes que o ser humano transforma em «senhores», visando, mediante eles, alcançar a própria divinização, a experiência do sagrado. Consoante José Luís Sicre,

«os deuses [ídolos] não existem. É a atitude do homem que os cria, transformando, na sua passagem, todo o mundo circunstante. (...) A pessoa humana fica "religada", "vinculada" a uma realidade. Mas, por não ser a realidade de Deus, trata-se de uma falsa religião, de uma pseudo-religiosidade, inútil e improdutiva, de idolatria».

Assim, ludibriado per essas falsas promessas e dominado pelos ídolos, o ser humano acaba se entregando a outros senhores e renegando o primeiro mandamento: «não terá outro Deus diante de minha face» (Ex 20,3). Seguindo a idolatria, o fiel apostata a profissão de fé de que há apenas um Senhor em nossas vidas (cfr. Dt 6,4), um só Senhor, Jesus Cristo, que norteia nossas escolhas fundamentais (cfr. 2 Cor 8,6). Escravizado pelos ídolos, o idólatra perde sua liberdade, sendo literalmente possuído e dominado por outros senhores.

Neste trabalho apresenta-se uma leitura das migrações contemporâneas, mostrando como os ídolos do poder político, do dinheiro e da lei, não raramente, podem estar na origem de migrações forçadas, da exploração dos migrantes e da violação de seus direitos fundamentais. E, num segundo momento, partindo da visão de Scalabrini sobre a primazia de Jesus Cristo, aborda-se o potencial anti-idolátrico dos migrantes e apontam-se algumas pistas de ação para as pastorais da mobilidade humana.

Contra a idolatria do poder político, a defesa dos direitos humanos

Uma das maiores críticas ao poder político opressor pode ser encontrada no livro do Apocalipse. A Besta, consoante Richard, representa o poder político do Império Romano, poder que exige submissão e um verdadeiro culto religioso. É justamente nesse culto de submissão que «o homem busca a sua salvação, a experiência do sobrenatural, transcendente e divino». No entanto, para os cristãos das origens a fé em Jesus Cristo era totalmente inconciliável com o culto à Besta: «Jesus era proclamado como único Senhor, o que significava uma radical "desidolatrização" do Império Romano», tanto em sua prática cultural, quanto opressora.

Em outros termos, se o cristão acredita na proximidade e na presença do Reino de Deus não pode depositar sua confiança no poder do Império e de suas armas; não pode revestir o poder político de conotações divinas e tampouco aplacar medos e incertezas na aparente força dos poderosos. Quando isso acontecer, multiplica-se o poder do ídolo, cria-se uma divindade cada vez mais poderosa, totalizante e necrófila, pois exige «oferendas» e sacrifícios de seus fiéis.

Tudo isso diz respeito à ação do poder político em geral, mas, sobretudo, ao culto oferecido ao poderio militar. Consoante Bach

«Javé (e a confiança nele) e o poderio militar (e a confiança nele) transformaram-se numa alternativa absoluta. O ciúme de Javé não tolera a confiança no poderio militar, do mesmo modo que não suporta a confiança em outros deuses».

O recurso à violência das armas é sempre uma negação da lógica não-violenta do Reino (cfr. Mt 5, 38-48; 26, 47-56). As comunidades cristãs dos primeiros séculos tinham plena consciência disso, a ponto de rejeitar os candidatos ao catecumenato que quisessem se tornar soldados ou, então, que sendo soldados fizessem algum juramento ou cumprissem a ordem de matar.

Mesmo assim, nos dias de hoje, parece que o fascínio do poderio militar e da segurança nacional estejam obcecando novamente os governantes de muitas nações. O poder das armas oferece respostas imediatas e aparentemente definitivas. O recrudescimento dos conflitos bélicos pode ser interpretado como uma nova forma de idolatria do poder militar, que substitui o Deus da Vida e a lógica do Reino em nome de uma segurança alicerçada na destruição (preventiva) dos supostos inimigos. Explorando o que Bauman chama de «capital do medo», governos locais ou potências internacionais utilizam a guerra como instrumento para solucionar crises locais ou internacionais. Esses conflitos, além de gerar centenas de milhares de mortes, produzem ondas massivas de refugiados, deslocados internos e de migrantes.

A idolatria do poder político pode ser responsável por migrações forçadas também na violação dos direitos humanos e perseguição, direta ou indireta, de pessoas. Atualmente, apesar da diminuição drástica de regimes totalitários, continua extremamente elevado o número de pessoas perseguidas pelo próprio poder estatal. Muitas delas procuram refúgio fora do país porque, como sustenta a Convenção de Genebra de 1951, não podem ou, devido aos temores de perseguição, não querem recorrer à proteção de seu país.

Cabe frisar outro aspecto: como sublinha Sicre, ao abordar o profetismo bíblico,

«nesta forma de idolatria, os deuses são as grandes potências da época: Assíria, Egito, Babilônia. Em si mesmas, são realidades indiferentes, neutras. Não reivindicam o caráter divino. Este lhes vem da atitude dos israelitas, os quais lhes atribuem qualidades exclusivas de Javé: a capacidade de curar, de ajudar, de salvar».

Embora tenhamos alguma perplexidade acerca da suposta «neutralidade» das potências imperialistas, não há dúvida de que elas alimentam seu poder na atitude idolátrica das vítimas.

Enfim, quando o poder político deixa de ser serviço, busca do bem comum, e se transforma em dominação e império, aumentam vertiginosamente as violações dos direitos humanos e, de forma específica, as migrações forçadas.

Contra a idolatria do dinheiro, a partilha de bens e riquezas

Um segundo grande foco da idolatria é representado pelo dinheiro. Pablo Richard assim elucida a dimensão idolátrica do culto ao dinheiro:

«O ídolo seria o dinheiro, mas não como uma realidade em si mesma e sim, a *posse do dinheiro como poder*, para desejar e extrair mais riqueza de outros, criando inimizade e discórdia. A idolatria seria então a submissão do ser humano a esse poder do dinheiro. Daí a identificação da avareza com a idolatria e do idólatra com o avarento, ladrão e injurioso».

O dinheiro torna-se um ídolo quando toma posse de uma pessoa, levando-a a antepor a acumulação de riquezas ao reconhecimento do outro enquanto ser criado à imagem e semelhança de Deus. Nesse sentido, reconhece Richard, não se trata apenas de ter dinheiro, mas de «servir», «ser escravo» do dinheiro. Assim, o dinheiro se torna um substituto de Deus, pois assume, no ser humano, um papel divino que destrona o senhorio de Jesus Cristo, com graves conseqüências sócio-políticas.

Na mesma linha, Sicre, analisando o profetismo bíblico, sustenta que o problema mais grave da idolatria do dinheiro está na «confiança» que os seres humanos põem nele, pois ninguém acumularia bens se não visse neles uma garantia para sua vida. Mais uma vez se estabelece um conflito direto entre Deus e *Mammon*: «Ninguém pode servir a dois senhores. Com efeito, ou odiará um e amará o outro ou se apegará ao primeiro e desprezará o segundo. Não podeis servir a Deus e ao dinheiro» (Mt 6,24).

De acordo com Sicre a atitude que diviniza o dinheiro é a cobiça, que se ramifica em três direções: a injustiça direta, premeditada; o egoísmo que impede de repartir; a preocupação expressiva e excessiva pela sobrevivência.

Mesmo reconhecendo que a aplicação direta das reflexões bíblicas à realidade contemporânea não esteja isenta de riscos, não podemos olvidar ou menosprezar o fato de que ainda hoje o dinheiro reveste um caráter sagrado, levando pessoas e instituições a agir de forma idolátrica, ou seja, outorgando aos bens prerrogativas divinas.

A relação disso com as migrações é evidente. Quando se põe a própria segurança e a própria confiança (fé) nos bens, qualquer situação, real ou ilusória, em que existem riscos de partilha ou, até, de perda de riquezas é vista de forma profundamente ameaçadora. A guerra ao terror, antes que luta contra os terroristas – aqueles que jogam bombas –, é luta contra o terror que toma conta das pessoas desamparadas pelo medo da perda do ídolo dinheiro! Estamos de acordo com Marco Aime quando frisa que o crescente sentimento de aversão em relação aos imigrantes, justificado por uma suposta incompatibilidade cultural, na realidade, esconde uma crise sócio-econômica decorrente da recessão e dos reajustes capitalistas cada vez mais radicais. Enfim, o problema está sobretudo na partilha de bens e riquezas!

Quando o coração está amarrado nos bens e nas riquezas, a hospitalidade se torna uma mera ilusão. O migrante, mesmo se acolhido, será sempre reificado; será aceito apenas e unicamente enquanto pode ser explorado ou usado para preencher os vazios no mercado de trabalho. É essa a lógica de muitas políticas migratórias atuais: deixar entrar apenas os que se rebaixam e se humilham, aceitando até condições de trabalho desumanas.

Nessa perspectiva, a idolatria do dinheiro representa uma das maiores causas da rejeição dos migrantes. A única solução é a relativização das riquezas, ou seja, o reconhecimento de que a acumulação de dinheiro e bens não produz aquela felicidade tanto almejada por todo ser humano.

Contra a idolatria da lei, a justiça do Reino

A idolatria da lei pode ser resumida pela conhecida afirmação de Jesus: «O sábado foi feito para o homem e não o homem para o sábado». A lei não é necessariamente negativa, mas pode transformar-se num ídolo na medida em que é absolutizada e tida como uma real fonte de salvação e libertação. O ser humano se torna idólatra quando se entrega à escravidão da lei, pondo nela suas esperanças de segurança e libertação. Seguir a justiça do Reino, não raramente, pode conduzir o cristão à desobediência à autoridade humana e até mesmo à transgressão de leis. O próprio Jesus não obedeceu a determinadas prescrições da lei judaica e tradições de seu tempo (cfr. Mc 2, 18-28; 3,26).

Não é por acaso que Paulo, na Carta aos Gálatas, relaciona diretamente a idolatria com a observância da lei que escraviza (cfr. Gal 4, 8-11): o ser humano escravizado pela lei vive «num universo existencial de auto-suficiência e de fechamento à interpelação da graça que chama a confiar no plano salvífico de Deus». Desta forma, ele utiliza realidades humanas («elementos do mundo» Gal 4,3) para «criar-se autonomamente um caminho de salvação». Na realidade, se Jesus Cristo é o salvador, qualquer outra realidade supostamente salvífica deve ser categoricamente relativizada.

A idolatria da lei, no sentido amplo, pode abranger um corpo legislativo, uma tradição ou costume cultural. Idólatra é aquele que sacraliza sua identidade étnica, suas tradições históricas, seus traços culturais. Vale lembrar, mais uma vez, que a idolatria não é inerente à lei ou à cultura, e sim unicamente à maneira de interpretá-las.

Olhando para a realidade migratória contemporânea, constatamos que milhões e milhões de migrantes são acusados de contaminar a identidade étnica e cultural dos povos autóctones, de corromper os valores e os princípios históricos dos países receptores, bem como violar as leis imigratórias repentinamente estabelecidas pelas autoridades locais. No entanto, hoje sabemos também que as culturas e as identidades nacionais são realidades dinâmicas, em constante transformação. A presença do migrante pode, ao máximo, acelerar os processos de mudança.

Nesta ótica, a rejeição dos migrantes em nome da proteção da suposta identidade histórica e étnica do país pode ser interpretada como o produto de uma concepção idolátrica que sacraliza realidades históricas e contingentes. Dito de outra forma, a interpretação rígida, fixa e quase sagrada das identidades nacionais, esconde a busca de proteção e segurança em realidades efêmeras. Quando a própria tradição cultural é absolutizada não há espaço para pessoas de outra cultura. O diferente é assimilado, segregado ou expulso. A interculturalidade se torna uma ilusão, ou até uma ameaça.

A idolatria da lei pode afetar também à visão que os autóctones têm do estrangeiro. Partindo de uma abordagem que afasta da história pessoal as tradições culturais, tende-se a encaixar tudo em estereótipos fixos e intangíveis. O estrangeiro, nesta ótica, deixa de ser um sujeito histórico, com uma biografia e uma «identidade plural» e pessoal, para tornar-se uma mera projeção das fobias de autóctones.

Ademais, este tipo de idolatria pode ser aplicado também às recentes leis imigratórias cada vez mais restritivas e seletivas: ao subordinar dignidade do ser humano ao respeito à lei, ao criminalizar e exigir penas cada vez mais rígidas inclusive para infrações administrativas, muitos governantes, parafraseando Jesus de Nazaré, põem o sábado acima do ser humano. Neste caso, a lei, cuja finalidade é promover a justiça, se torna um instrumento de legitimação de violações de direitos humanos.

Enfim, quando se põe a própria segurança em códigos legislativos que violam os direitos humanos e na sacralização de tradições culturais, opta-se por renunciar à justiça do Reino e a rejeitar categoricamente o contato com a alteridade.

Scalabrini: a primazia de Jesus Cristo

João Batista Scalabrini destacou-se, em sua vida e ensinamentos, tanto por uma análise profundamente realística e até sociológica do fenômeno migratório, quanto por uma perspectiva teológica modelada pela fé em Jesus Cristo. Embora não tenha desenvolvido uma reflexão aprofundada e sistemática sobre o tema da idolatria, o bispo de Piacenza em suas reflexões manifesta uma clara consciência do senhorio de Jesus Cristo e da necessidade de amar um único Deus, de servir um único Senhor. Num conhecido texto de seus escritos, ao tratar da necessidade da *imitatio Christi*, o bem-aventurado afirma:

«A maneira de conversar seja a de Jesus (...), o olhar, o de Jesus, a mansidão, a de Jesus; Jesus seja o espelho, Jesus, o modelo, Jesus, o selo. Ele a proferir as sentenças, a traçar os caminhos, a decidir as escolhas; *Ele a governar, a dirigir, a dominar nossa vida*. Ele, finalmente, nosso amor, nossa alegria, nossa coroa, o pensamento da nossa mente, o pulsar de nosso coração, as asas das nossas aspirações, o som melodioso, para nossos ouvidos, o bálsamo que alivia nossas dores, o cajado que nos ampara, na terrena peregrinação, o hino e o cântico que ecoa em nossos lábios e, do tempo presente, nos acompanha até a eternidade».

O texto por inteiro, em sua poesia, sublinha a necessidade do fiel se entregar totalmente ao Cristo, que, nessa perspectiva, se torna o único Senhor, aquele que governa, dirige, norteia, até domina – enquanto *Dominus* – nossas vidas. A necessidade da imitação é alicerçada no único senhorio de Cristo, ou seja, na negação de qualquer ídolo, de qualquer outra realidade histórica divinizada pelo ser humano.

Essa visão acaba influenciando Scalabrini em sua interpretação do fenômeno migratório, tido como positivo quando espontâneo, fonte de esperança, evangelização, civilização e, às vezes, de riqueza para os deserdados; mas negativo quando forçado ou contaminado «pela sede insaciável de lucro» dos agentes de migração. É por isso que o bispo de Piacenza defende a «liberdade de migrar, mas não de fazer migrar, porque tanto é boa a migração espontânea, quanto é danosa a forçada».

O potencial anti-idolátrico dos migrantes

É importante ressaltar mais uma vez que a idolatria do poder político, do dinheiro e da lei não é algo inerente a essas realidades, mas decorre unicamente da intencionalidade do ser humano em criar e outorgar poder divino a seus ídolos. Com efeito, na atualidade, não faltam exemplos de políticas públicas elaboradas e implementadas em prol dos direitos dos migrantes, episódios de partilha solidária de bens e riquezas ou legislações criadas a fim de amparar e proteger os migrantes mais vulneráveis (por exemplo, a Convenção da ONU sobre a proteção dos direitos de todos os trabalhadores migrantes e seus familiares, 1990).

No entanto, a Sagrada Escritura nos apresenta o poder, a lei e o dinheiro como realidades extremamente «tentadoras», diante das quais o ser humano é chamado a desdobrar seus cuidados para não cair em atitudes e comportamentos idolátricos. E isso diz respeito a todos os seres humanos, inclusive os migrantes. Por exemplo, um exagerado e infantil apego a suas tradições culturais pode dificultar o processo de integração do migrante na nova terra, bem como a capacidade de valorizar as riquezas culturais alheias. De forma análoga, o poder pode se tornar um ídolo principalmente nas relações de submissão e exploração de outros migrantes ou, até, de seus familiares.

Mas é o dinheiro o deus todo-poderoso do Pantheon idolátrico: a fé na possibilidade de que o consumo de mercadorias pode oferecer a salvação terrena, a auto-realização, a felicidade, pode estar presente tanto nos autóctones – com a conseqüente rejeição dos imigrantes – quanto nos próprios migrantes – com a conseqüente entrega da própria vida ao acúmulo constante de dinheiro, inclusive prejudicando as relações interpessoais.

No entanto, mesmo reconhecendo que também migrantes e refugiados possam estar envolvidos em práticas idolátricas, não há dúvida de que, nos dias de hoje, eles estejam entre os grupos sociais que mais pagam e sofrem pelas conseqüências nefastas da idolatria. Aliás, tem-se a impressão de que as pessoas em mobilidade se tornaram alvos privilegiados da ira dos ídolos, como se elas, de alguma forma, representassem algum perigo para a sobrevivência da prática idolátrica.

E é justamente isso que, em nossa opinião, está acontecendo! Migrantes e refugiados constituem uma forte ameaça para os ídolos, não necessariamente em decorrência de qualidades ou méritos pessoais – como vimos, os migrantes também podem estar influenciados por lógicas idolátricas – mas pelo simples fato de estar em mobilidade. Conforme Aime,

«estrangeiro é aquele que questiona os modelos de comportamento estabelecidos, que compromete a serenidade espalhando a ansiedade, que obscurece e confunde as linhas de demarcação que devem, ao contrário, permanecer bem visíveis».

Não é por acaso, acrescenta o pesquisador italiano, que quase todos os governos do mundo «odeiam os nômades, gerando sistemáticas ações de sedentarização ou até de eliminação», assim como temem e desconfiam dos «nômades culturais», daqueles que não se posicionam de forma clara e definitiva e que, portanto, não podem ser facilmente classificados.

Os estrangeiros são responsáveis por gerar insegurança, pois, como diria Peter Berger, eles provêm de uma terra em que vige uma construção social diferente, baseada em outro *nomos*. Nesta perspectiva, a presença de imigrantes desvela a existência de outras maneiras de ordenar a realidade, mostrando de forma clara que a construção social vigente na terra de chegada é apenas produção humana e, portanto,

precária e sujeita a modificações. Utilizando uma linguagem religiosa, poder-se-ia dizer que a presença de migrantes e refugiados desmistifica as pretensões divinas e absolutas dos ídolos e das práticas idolátricas. Os migrantes desmascaram a fragilidade dos ídolos.

De forma análoga, Enzo Bianchi, num ensaio sobre migrações na Bíblia, sustenta que Abraão vive sua vocação religiosa na ótica do «tornar-se estrangeiro» (*farsi straniero*), um *modus vivendi* que pode ser interpretado, basicamente,

«como *ruptura com a idolatria*: é um tornar-se estrangeiro, rejeitar o caminho da humanidade descrito em Gn 3-11, caminho caracterizado pela cobiça, pela posse e pelo domínio, matrizes de violência e de morte para todos os seres humanos».

O ser estrangeiro se torna, para Israel, uma condição *sine qua non* da luta contra a idolatria, pois sua identidade de povo não está relacionada a uma etnia, a uma terra, a uma lei ou a uma instituição política, e sim, unicamente, à fé no Deus de Abraão, Isaac e Jacó e à «sua prática na terra que recebeu como dádiva e em que é chamado a viver, por sua vez, na lógica do dom e da partilha». Para Israel, o ser estrangeiro deixa de ser uma necessidade ou o produto de eventos históricos indesejados, para tornar-se uma opção de vida.

Enfim, por paradoxal que possa parecer, aqueles comportamentos e estruturas idolátricos, que geram milhões de refugiados, deslocados e migrantes econômicos, estão, na realidade, produzindo sujeitos anti-idolátricos, ou seja, pessoas que pelo simples fato de ser estrangeiras denunciam a precariedade e a efemeridade – além da injustiça - de qualquer construção social. Ademais, quando migrantes e refugiados reinterpretam a própria condição de estrangeiros como uma opção de vida, deixando-se governar, dirigir e dominar – como dizia Scalabrini – por Jesus Cristo, eles se tornam os maiores inimigos dos ídolos do dinheiro, da lei e do poder político opressor e militar. Não se deve estranhar, portanto, a crescente onda xenófoba: quem é escravo dos ídolos não pode ter medo de migrantes e refugiados.

Perspectivas

Quais orientações pastorais podem ser apontadas a partir desta abordagem do fenômeno migratório?

- *positividade das migrações enquanto instrumento da luta contra a idolatria*: as migrações constituem um espaço fundamental de evangelização, entendida como luta contra os ídolos que iludem e desumanizam a humanidade;
- *denúncia dos sistemas e das atitudes idolátricas* que geram migrações forçadas ou que fomentam a rejeição e a exploração de migrantes e refugiados;
- *anúncio de caminhos de realização humana*, que, para cristãos, não cristãos e até ateus significa renúncia aos ídolos que desumanizam, iludem e afastam da meta da maturidade humana;
- *necessidade de conscientizar migrantes e refugiados* sobre os riscos de práticas idolátricas, pois ninguém está imune desse perigo;
- *prioridade do testemunho* mediante práticas concretas de rejeição dos ídolos: no âmbito da vida consagrada é cada vez mais central a vivência coerente dos conselhos evangélicos;
- *inserção da causa dos migrantes e dos refugiados na missão mais ampla de defesa da dignidade de cada ser humano*, pois os mesmos ídolos que causam a violação dos direitos de migrantes e refugiados são também responsáveis por todas as demais formas de desumanização.

A abordagem a partir deste perigos idolátricos mostra a fragilidade de uma Pastoral Migratória alicerçada unicamente em exortações acerca da importância da acolhida, do encontro com o outro, da partilha das riquezas ou da defesa da vida. Essas exortações podem tornar-se inócuas se não forem acompanhadas por um trabalho de desmistificação das ilusões e das falsas promessas dos ídolos. Em outras palavras, não adianta pedir a partilha de riquezas a pessoas que consideram – consciente ou inconscientemente – o dinheiro como fonte da própria segurança (o próprio senhor) ou, então, pedir a acolhida do «outro» a pessoas que sacralizam as próprias tradições culturais. O amor ao próximo fundamenta-se no amor a Deus,

na primazia do Reino, que significa – para cristão, não-cristãos e até ateus – renúncia a todos os ídolos, ou seja, aos falsos caminhos de auto-realização. Caso contrário, haverá sempre um conflito de interesses entre o dever da partilha, da solidariedade, da abertura à alteridade e o medo de perder algo considerado fundamental para a própria felicidade.

MEDITAZIONI

Maria, Madre del cammino e della speranza

Christiane Lubos, mss

*Maria, Madre del cammino e della speranza,
ci sollecita ad intraprendere
sempre nuovi pellegrinaggi verso l'altro...
Traditio Scalabriniana, 4*

È impressionante vedere in quanti modi diversi persone di culture differenti esprimono il loro affetto per Maria. Vivendo giorno per giorno la mia vocazione nell'Istituto delle Missionarie Secolari Scalabriniane e condividendo il cammino con migranti e rifugiati delle più diverse provenienze, mi affascina sempre di nuovo la possibilità di guardare a Maria con gli occhi degli altri. Questa esperienza mi rimanda alla domanda: chi è Maria per me? Che cosa può dire a me questa giovane donna che ha vissuto circa 2000 anni fa in Palestina? La sua vita di allora può dire qualcosa a noi uomini e donne di oggi?

Chi è Maria per me? A questa domanda non si può che rispondere personalmente. Certamente, l'immagine che abbiamo di lei cresce con noi nelle diverse fasi della nostra vita e attraverso le esperienze che facciamo.

Penso alle celebrazioni cui partecipavo da piccola al mio paese in Baviera, ai grandi raduni giovanili presso il santuario di Altötting, al «lato politico» di Maria, da cui ero affascinata durante gli anni di università: «...ha rovesciato i potenti dai troni, ha innalzato gli umili; ha ricolmato di beni gli affamati, ha rimandato a mani vuote i ricchi» (Lc 1,52-53).

E in particolare penso all'esperienza che ho potuto fare in una comunità di base del Nordest del Brasile, alla relazione così profonda e personale che gli abitanti della *favela* avevano con Maria, a quanto queste persone sentivano vicini alla loro vita i testi biblici, in particolare le pagine che raccontano di Maria.

Quando poi ho conosciuto la figura del Vescovo G.B. Scalabrini, ho scoperto quale punto di riferimento fossero per lui Maria e la preghiera del Rosario.

Anche qui in Svizzera, dove attualmente vivo, Maria viene onorata in diverse forme: la Madonna Nera di Einsiedeln richiama non solo cattolici e cristiani di altre confessioni, ma anche non cristiani...; a Berna in occasione della processione internazionale dedicata a Maria partecipano migranti di tante provenienze, i quali esprimono in modi diversi il loro affetto per la Guadalupe messicana, l'Aparecida brasiliana, ecc. E poi quanti santuari lungo le valli svizzere, ciascuno dei quali potrebbe raccontare della fede della gente del posto.

Maria

Chi è Maria? I testi biblici sono sintetici al suo riguardo. Ogni avvenimento in cui compare la figura di Maria, però, si rivela un passaggio-chiave nella storia che Dio scrive con l'uomo: la nascita di Gesù, l'incontro al tempio con Simeone, le nozze di Cana... fino alla croce! In tutto questo Maria non è solo la Madre di Gesù: lei stessa si mette alla sua sequela, continuamente si riferisce al Figlio, da lui impara a vivere ogni cosa in un'intima relazione con Dio.

Conosciamo il racconto dell'incontro di Maria con Elisabetta. Nel canto del *Magnificat* Maria risponde a ciò che Dio ha fatto per lei. Piccolezza e grandezza, umiltà e coscienza di essere stata scelta risuonano in

questo canto di lode che coinvolge tutte le generazioni: «L'anima mia magnifica il Signore e il mio Spirito esulta in Dio mio, salvatore...» (Lc 1,46-47).

Straordinaria in Maria è la fede, la sua incondizionata fiducia in Dio. Ha avuto il coraggio di credere all'incredibile – sempre di nuovo – dal suo primo sì fino a sotto la croce.

Il suo profondo ascolto della Parola di Dio ha scavato in lei lo spazio perché la Parola potesse farsi carne, perché il figlio di Dio potesse farsi uomo e Dio potesse entrare nella nostra storia e condividere la nostra vita. Con il suo sì Maria ha collaborato in modo decisivo al piano della salvezza, rendendo possibile un nuovo inizio, una nuova creazione.

Madre della speranza

Nella *Traditio* Scalabriniana si parla di Maria come *Madre della speranza*. Sì, perché la speranza cristiana è una persona, lo stesso Figlio di Dio, Colui che in croce ha vinto con l'amore la morte e che ora è presente nella storia perché ogni uomo vinca con Lui.

Come non pensare allora al capitolo 12 del Libro dell'Apocalisse? Siamo di fronte ad un testo fondamentale non solo per l'ultimo libro della Bibbia ma per la stessa storia della salvezza. La scena che si apre davanti a noi dice che possiamo entrare con speranza anche nelle pieghe più difficili della storia e che la nostra speranza è certa.

Giovanni vede un grande segno nel cielo: una donna. Facilmente siamo portati a pensare subito a Maria, ma in questo modo si rischia di sottovalutare il carattere ecclesiale del testo. Prima di tutto quella donna è simbolo del popolo di Dio, simbolo di coloro che si radunano sempre di nuovo per ascoltare la Parola di Dio, simbolo della chiesa, che trova in Maria la sua immagine per eccellenza.

Con pochi tratti il testo dipinge una scena impressionante: la donna è gravida e sta per partorire. Il verbo usato a questo proposito nel testo originario greco esprime il carattere continuo dell'azione, quasi un continuo partorire. Il simbolo dunque rimanda alla realtà del popolo di Dio nella storia, dove qualcosa di nuovo sta nascendo.

Le difficoltà, la persecuzione, il dolore, la stessa morte... tutto questo è da considerare come il travaglio del parto, necessario perché qualcosa di nuovo possa venire alla luce – anche nella nostra vita oggi.

Il testo parla di un secondo segno: un drago, simbolo del male. Significativamente però il male non riesce a distruggere tutto, la sua potenza è limitata: non tutte le stelle del cielo infatti vengono trascinate e precipitate sulla terra (cfr. Ap 12,4). E tuttavia il contrasto con la donna è estremamente drammatico. Come se non bastasse, teniamo conto che la donna, trovandosi in quelle condizioni, non può assolutamente difendersi. Ormai sta per partorire e il drago si trova davanti a lei, pronto a distruggere.

È la situazione in cui in qualche modo ci troviamo anche noi. Il male sembra spesso avere la meglio: basti pensare alle notizie che ogni giorno ci raggiungono dal mondo. E tuttavia la potenza di Dio è più forte. In effetti, un bambino viene alla luce! Coloro che ascoltano o leggono sanno che il Messia, Cristo, è venuto e che il tempo della salvezza è incominciato.

Un neonato di fronte al drago, però, non può avere scampo e il drago ha tutta l'intenzione di inghiottirlo. Ma il bene non soccombe: ecco il messaggio dell'Apocalisse. Il male non prevale nel mondo, il bene ha l'ultima parola.

Come la donna nella visione di Giovanni, anche noi siamo chiamati a partecipare alle doglie del parto perché Gesù possa nascere sempre di nuovo nella nostra storia. Nel silenzio e nell'ascolto della sua Parola, come Maria, possiamo fare spazio perché la vittoria della Pasqua possa penetrare oggi in ogni ambiente.

Madre del cammino

Per alcuni anni ho vissuto a Roma ed ogni mattina andando al lavoro passavo davanti alla Basilica di S. Maria in Trastevere, la più antica chiesa in Roma dedicata a Maria. Nell'abside uno stupendo mosaico racconta la vita di Maria attraverso una serie di scene. Nell'ultima, Maria è rappresentata nel momento finale

della sua vita; sullo sfondo c'è Gesù che l'accoglie in cielo; egli tiene in braccio una piccola figura, come una bambina: è Maria.

Questa immagine mi sembra esprimere la realtà più profonda di Maria, la Madre di Gesù: la sua fede ha fatto di lei una donna sempre in cammino dietro a Gesù, con lo sguardo sempre fisso su di lui. E quante volte ha fatto l'esperienza di non capire il Figlio, di trovarsi di fronte a qualcosa di inaspettato. Alla sua sequela passo dopo passo – ma anche attraverso veri e propri salti nella fede – ha imparato a vivere la sua vita in una profonda relazione con Dio, da figlia.

E come Maria anche noi siamo chiamati ad uscire da noi stessi per aprirci all'incontro con l'altro e con l'Altro, a non vivere da *singles* ma in una continua relazione di fiducia con colui da cui abbiamo ricevuto la vita, a camminare come figli e fratelli.